

# Reevangelizar allí donde la sal del Evangelio ha perdido su sabor

Timothy Dolan

Cardenal y arzobispo de Nueva York

Santo Padre, queridos hermanos:

Se remonta al último mandato de Jesús, «id y haced discípulos». Me refiero al deber sagrado de la evangelización. Es «siempre antigua, siempre nueva». El cómo, el cuándo y el dónde pueden cambiar, pero el mandato sigue siendo el mismo, así como el mensaje y la inspiración: «Jesucristo: el mismo ayer, hoy y siempre».

Estamos reunidos en la *caput mundi*, evangelizada por los apóstoles Pedro y Pablo; en la ciudad desde la que los sucesores de Pedro enviaron evangelizadores a ofrecer a la Persona, el mensaje y la invitación a la salvación, que están en el corazón de la evangelización, a través de toda la Europa, hasta el Nuevo Mundo, en la era de los descubrimientos geográficos, y hasta África y Asia en tiempos más recientes.

Nos reunimos frente a la basílica, donde el celo evangélico de la Iglesia se expandió a raíz del Concilio Vaticano II; cerca de la tumba del sumo pontífice que acuñó el término “nueva evangelización”, que ahora suena tan familiar para todos nosotros.

Nos sentimos agradecidos por la compañía fraternal de un pastor que nos hace recordar todos los días, el desafío de la nueva evangelización. Estamos aquí juntos como misioneros, como evangelizadores.

Acogemos la enseñanza del Concilio Vaticano II, especialmente lo que está recogido en los documentos *Lumen gentium*, *Gaudium et spes* y *Ad gen-*



tes, que especifican con precisión cómo entiende la Iglesia su propio deber evangélico, definiéndola como misionera, de tal modo que todos los cristianos, en virtud del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, son evangelizadores.

El Concilio ha reiterado, sobre todo en *Ad gentes*, que si bien existen los misioneros explícitos, aquellos enviados a los lugares donde las personas nunca han oído el nombre mediante el cual todos los hombres son salvados, así también ningún cristiano queda excluido de la tarea de dar testimonio de Jesús, transmitiendo a los demás la llamada del Señor en la vida cotidiana. Por lo tanto, la misión se ha convertido en el punto central de la vida de cada Iglesia local, de cada creyente. La naturaleza misionera se renueva no solo en un sentido geográfico, sino en el sentido teológico, como una misión dirigida no solo a los no creyentes, sino a los creyentes, de tal forma que algunos se preguntaban si este crecimiento providencial hubiese debilitado involuntariamente el significado de la misión *ad gentes*.

El beato Juan Pablo II desarrolló esta nueva comprensión del término, refiriéndose a la evangelización de la cultura, desde que la unión entre fe y cultura sustituyó la relación entre la Iglesia y el Estado, que prevaleció hasta el Concilio, y en la que se incluye la tarea de “re-evangelizar” las culturas que alguna vez fueron el verdadero motor de los valores evangélicos. Así, la nueva evangelización se convierte en el reto de incluir la llamada de Jesús a la conversión del corazón –no solo *ad extra*, sino también *ad intra*– a los creyentes y culturas en las que la sal del evangelio ha perdido su sabor. Por lo tanto, la misión se dirige no solo a Nueva Guinea, sino también a Nueva York.

En la *Redemptoris missio*, número 33, el beato Juan Pablo II presentó este planteamiento, haciendo una distinción entre la evangelización primaria –el anuncio de Jesús a los pueblos y contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos–, la nueva evangelización –el reavivar la fe en la gente y las culturas en las que se ha apagado– y la atención pastoral de aquellos viven la fe.

Somos conscientes de que no hay oposición entre la misión *ad gentes* y la nueva evangelización: no se trata de un «o uno u otro», sino de la suma de ambos. La nueva evangelización genera misioneros entusiastas, y aquellos que están comprometidos en la misión *ad gentes* deben dejarse evangelizar continuamente. Ya en el Nuevo Testamento la misma generación que recibió la misión *ad gentes* del Maestro en el momento de la Ascensión necesitaba que san Pablo le exhortase a «reavivar la llama» del don de la fe depositada en ellos. Esto es, sin duda, uno de los primeros ejemplos de la nueva evangelización.

Más recientemente, durante el alentador Sínodo sobre África, hemos podido escuchar a nuestros hermanos de las tierras que han dado frutos de la misión *ad gentes*. Indican que ahora que han pasado dos o tres generaciones tras el fervor inicial misionero, también ellos sienten la necesidad de una nueva evangelización. El reconocido misionero televisivo, arzobispo Fulton J. Sheen, dijo: «La primera palabra de Jesús a sus discípulos fue “venid», y su última palabra fue “id”. Uno no puede “ir” a menos que primero no haya “venido” a Él».

Un gran reto, tanto para la misión *ad gentes* como para la nueva evangelización, es el llamado secularismo. Escuchemos cómo lo describe el Santo Padre: «La secularización, que se presenta en las culturas como una configuración del mundo y de la humanidad sin referencia a la trascendencia, invade todos los aspectos de la vida diaria y desarrolla una mentalidad en la que Dios de hecho está ausente, total o parcialmente, de la existencia y de la conciencia humanas. Esta secularización no es solo una amenaza exterior para los creyentes, sino que ya desde hace tiempo se manifiesta en el seno de la Iglesia misma. Desnaturaliza desde dentro y en profundidad la fe cristiana y, como consecuencia, el estilo de vida y el comportamiento diario de los creyentes. Estos viven en el mundo y a menudo están marcados, cuando no condicionados, por la cultura de la imagen, que impone modelos e impulsos contradictorios, negando en la práctica a Dios: ya no hay necesidad de Dios, de pensar en Él y de volver a Él. Además, la mentalidad hedonista y consumista predominante favorece, tanto en los fieles como en los pastores, una tendencia hacia la superficialidad y un egocentrismo que daña la vida eclesial»<sup>1</sup>.

Esta secularización pide de nosotros a una estrategia eficaz de evangelización.

Intentaré exponerla en siete puntos:

1. A decir verdad, al invitarme a hablar sobre este tema, «El anuncio del evangelio hoy: entre misión *ad gentes* y la nueva evangelización», el eminentísimo secretario de Estado me pidió que contextualizara el secularismo tomando como ejemplo mi archidiócesis, la de Nueva York, ya que se puede considerar «la capital de la cultura secularizada».

Pero –y creo que mi amigo y colega, el cardenal Edwin O’Brien, que creció en Nueva York, estará de acuerdo–, yo diría que Nueva York, a pesar de dar la impresión de estar secularizada, es sin embargo una ciudad muy religiosa.

---

1 Discurso de Su Santidad Benedicto XVI a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Cultura, 8 de marzo de 2008.



Incluso en los espacios que suelen ser clasificados como “materialistas”, como los medios de comunicación, el entretenimiento, las finanzas, la política, el arte o la literatura, hay una innegable apertura a la trascendencia, ¡a lo divino!

Los cardenales que sirven a Jesús y a su Iglesia en la Curia Romana pueden recordar el discurso de Navidad de Su Santidad de hace dos años, en el que se resaltaba esta apertura natural a lo divino, incluso en aquellos que dicen adherirse al secularismo:

«Considero importante sobre todo el hecho de que también las personas que se declaran agnósticas y ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes. Cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad. Pero la cuestión sobre Dios sigue estando también en ellos... Como primer paso de la evangelización debemos tratar de mantener viva esta búsqueda; debemos preocuparnos de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella se esconde... Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “atrio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia».

Este es mi primer punto: compartimos la convicción de los filósofos y poetas del pasado, los cuales no tenían la ventaja de haber recibido la revelación. Y, por eso, incluso una persona que dice adherirse al secularismo y despreciar las religiones, tiene dentro de sí una ápice de interés en el más allá, y reconoce que la humanidad y la creación serían un enigma absurdo sin el concepto de «creador».

En el cine se proyecta ahora una película llamada *The Way* (El Camino), en la que uno de los protagonistas es un conocido actor, Martin Sheen. Hace el papel de un padre cuyo hijo distanciado muere mientras recorre el Camino de Santiago de Compostela en España. El angustiado padre decide completar la peregrinación en lugar del hijo perdido. Es el icono del hombre secular: satisfecho de sí mismo, despectivo hacia Dios y la religión, que se definía «excatólico», cínico frente a la fe...; pero, sin embargo, es incapaz de negar que dentro de sí hay un interés irresistible hacia la trascendencia, una sed de algo –o Alguien–. Más aún, que crece en él a lo largo del camino.

Podríamos tomar prestado lo que los Apóstoles le dijeron a Jesús en el evangelio del domingo: «¡Todos te buscan!». Y te están buscando incluso hoy...

2. Esto me lleva al segundo punto: este hecho nos llena de confianza y de valentía para cumplir con la misión y la nueva evangelización. «No tengáis miedo», como suele decirse, es la exhortación más repetida en la Biblia. Después del Concilio, las buenas noticias eran que el triunfalismo en la Iglesia había muerto. ¡La mala noticia era que también lo había hecho la confianza!

Estamos convencidos y confiados en la nueva evangelización, gracias a la Persona que nos ha confiado esta misión, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, gracias a la verdad de su mensaje y a la profunda apertura a lo divino, incluso de las personas más secularizadas de nuestra sociedad.

Seguros, ¡sí! Triunfalistas, ¡nunca!

Lo que nos mantiene lejos de la arrogancia y de la soberbia del triunfalismo es el reconocimiento de lo que nos enseñó el papa Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*: ¡la Iglesia misma tiene siempre necesidad de ser evangelizada! Esto nos hace humildes para admitir que *nemo dat quod non habet*, que la Iglesia tiene una profunda necesidad de conversión interior, algo fundamental en la llamada a la evangelización.

3. Un tercer elemento para una misión eficaz es la conciencia de que Dios no sacia la sed del corazón humano mediante un concepto, sino a través de una persona llamada Jesús. La invitación que está implícita en la misión *ad gentes* y en la nueva evangelización no es una doctrina, sino una llamada a conocer, amar y servir a alguien. El Santo Padre, cuando comenzó su pontificado, nos invitó a una amistad con Jesús, expresión con la que ha definido la santidad. Es el amor de una Persona, una relación personal que está en el origen de nuestra fe.

Como escribe san Agustín: «*Ex una sane doctrina impressam fidem creditum cordibus ingulorum qui hoc idem credunt verissime dicimus, sed aliud sunt ea quae creduntur, aliud fides qua reduntur*». («Decimos con plena verdad que la fe impresa en los corazones de los creyentes, que estos mismos creen, proviene de una determinada doctrina; pero una cosa es lo que se cree, y otra la fe por la cual se cree»). (*De Trinitate*, XIII, 2.5).

4. Esta Persona, este Jesús de Nazaret, nos dice que Él es la verdad. Por lo tanto, nuestra misión tiene un contenido. A veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y en el umbral de este Año de la fe, nos encontramos con el reto de combatir el desconocimiento de la fe.

Es verdad que la nueva evangelización es urgente porque a veces el secularismo ha ahogado el grano de la fe. Esto ha sucedido porque muchos creyentes no tienen un conocimiento adecuado y no han sabido transmitir



la sabiduría, la belleza y la coherencia de la verdad. Su eminencia, el cardenal George Pell, dijo que «no es cierto que las personas hayan perdido la fe, sino que no la tuvieron desde el principio; y si la tenían, era tan insignificante que podía ser fácilmente arrancada».

Por eso el cardenal Avery Dulles nos ha alendado a una neoapologética, no enraizada en discusiones vacías, sino en la verdad que lleva por nombre Jesús.

Del mismo modo, cuando el beato John Henry Newman recibió el nombramiento al Colegio de Cardenales, advirtió sobre los peligros del liberalismo religioso, es decir, «la doctrina según la cual no hay ninguna verdad objetiva en la religión, en que un credo vale tanto como otro... La Revelación no es una verdad, sino un sentimiento y una preferencia personal».

Cuando Jesús nos dice «Yo soy la verdad» dice también que es «el camino y la vida». El camino de Jesús se encuentra en el interior y pasa a través de la Iglesia, que como una Madre santa nos da la vida del Señor. «¿Cómo le habrías conocido a Él sino a través de ella?», preguntaba De Lubac, haciendo referencia a la relación inseparable entre Jesús y su Iglesia. Por lo tanto, nuestra misión, la nueva evangelización, tiene unas dimensiones catequéticas y eclesiales.

Esto nos lleva a pensar en la Iglesia de una manera renovada: a pensar en ella como una misión en sí misma. Como nos enseñó el beato Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio* la Iglesia no tiene una misión, entendida esta como una cosa más que hacer entre las muchas que Iglesia hace. No, la Iglesia es una misión, y cada uno de nosotros, que confiesa a Jesús como Señor y Salvador, debería interrogarse sobre su propia eficacia en la misión. En los últimos cincuenta años desde la apertura del Concilio hemos visto a la Iglesia pasar por las últimas etapas de la Contrarreforma y volver a descubrirse como una misionera. En algunos lugares esto ha significado un redescubrimiento del Evangelio. En los países cristianos ya ha dado lugar a una “re-evangelización”, que abandona las aguas estancadas de «lo institucional» y, como Juan Pablo II ha enseñado en la *Novo millennio ineunte*, nos invita a dirigirnos hacia una pesca eficaz.

En muchos de los países aquí representados, la cultura y el entorno social transmitieron el Evangelio, pero hoy en día no es así. En estas circunstancias, el anuncio del Evangelio –la invitación explícita a entrar en la amistad con el Señor Jesús–, debe ser el centro de la vida católica y de todos los católicos. En todo momento, el Concilio Vaticano II y los grandes papas que lo han interpretado autorizadamente nos impulsan a invitar a los fieles de que tomen conciencia de su ser misionero y evangelizador.

5. Cuando era seminarista en el Colegio Norteamericano, aquí en Roma, todos los estudiantes de teología del primer año de los ateneos de Roma fueron invitados a una misa en la basílica de San Pedro celebrada por el prefecto de la Congregación para el Clero, el cardenal John Wright.

Esperábamos una homilía densa, pero él empezó pidiéndonos: «Seminaristas, hacedme un favor a mí y a la Iglesia: cuando vayan por las calles de Roma, ¡sonreíd!».

Por lo tanto, el misionero, el evangelizador, debe ser una persona alegre. «La alegría es el signo infalible de la presencia de Dios», afirma Leon Bloy. Cuando tomé posesión como arzobispo de Nueva York, un sacerdote me dijo: «sería mejor si deja de sonreír cuando va por las calles de Manhattan... o ¡terminarán por arrestarle!».

Un enfermo terminal de sida en la casa Don de la Paz, llevada por las Misioneras de la Caridad, en la archidiócesis de Washington, del cardenal Donald Wuerl, pidió ser bautizado. Cuando el sacerdote le pidió una expresión de fe, murmuró: «Lo que sé es que soy un infeliz, y las hermanas en cambio son muy felices, incluso cuando las insulto y les escupo. Ayer finalmente les pregunté la razón de su felicidad y ellas me contestaron: “Jesús”. Yo quiero a este Jesús para llegar a ser feliz». Un verdadero acto de fe.

La nueva evangelización se realiza con una sonrisa, no con el ceño fruncido.

La misión *ad gentes* es, básicamente, un “sí” a todo aquello que hay de bueno, verdadero, bello y noble en la persona humana.

La Iglesia es básicamente un “¡sí!”, no un “¡no!”

6. Y, penúltimo punto: la nueva evangelización es un acto de amor.

Recientemente le preguntaron a nuestro hermano John Thomas Katrukudiyil, obispo de Itanagar, en el noreste de la India, el motivo del enorme crecimiento de la Iglesia en su diócesis, que registra más de diez mil conversiones de adultos al año.

«Porque presentamos a Dios como un Padre amoroso y porque la gente ve que la Iglesia les ama», respondió. «No es un amor etéreo»-añadió-, «sino un amor encarnado en maravillosas escuelas para niños, clínicas para enfermos, casas para ancianos, orfanatos, alimentos para los hambrientos».

En Nueva York, hasta el corazón del más convencido secularizado se enternece cuando visita una de nuestras escuelas católicas de la ciudad. Cuando uno de nuestros benefactores, que se definía como agnóstico, le preguntó a la hermana Michelle el porqué a su edad y con dolores de artri-





tis en las rodillas seguía trabajando en una escuela tan problemática como exigente, ella respondió: «Porque Dios me ama y yo lo amo, y quiero que estos niños descubran este amor».

7. Alegría, amor y... último punto... siento decirlo: sangre.

Mañana, veintidós de nosotros oirán lo que la mayoría de ustedes oirán: «Para la gloria de Dios y en honor de la Sede Apostólica recibe esta birreta, signo de la dignidad cardenalicia, sabiendo que tendrás que actuar con fortaleza, hasta el derramamiento de tu sangre para la difusión de la fe cristiana, la paz y la tranquilidad del Pueblo de Dios, la libertad y el crecimiento de la santa Iglesia romana».

Santo Padre, ¿podría, por favor, saltarse lo del «derramamiento de tu sangre» cuando me entregue la birreta?

¡Por supuesto que no! Nosotros somos «ayudas audiovisuales de color rojo» para todos nuestros hermanos y hermanas que están llamados a sufrir y a morir por Jesús. Fue Pablo VI quien observó sabiamente que el hombre moderno aprende más de los testigos que de los maestros, y el supremo testimonio es el martirio. Hoy en día, lamentablemente, tenemos mártires en abundancia.

Gracias, Santo Padre, porque nos recuerda a menudo a aquellos que en la actualidad sufren la persecución a causa de su fe en todo el mundo.

Gracias, cardenal Koch, porque cada año convoca a la Iglesia a un «día de solidaridad» con los perseguidos por causa del Evangelio y por la invitación a nuestros interlocutores en el ecumenismo y en el diálogo interreligioso a un «ecumenismo en el martirio».

Mientras lloramos a los mártires cristianos, mientras los amamos, oremos con y por ellos; cuando actuamos enérgicamente en su defensa estamos también muy orgullosos de ellos, y proclamamos su testimonio supremo al mundo. Ellos encienden la chispa de la misión *ad gentes* de la nueva evangelización.

Un joven de Nueva York me dijo que volvió a la fe católica, abandonada en la adolescencia, después de haber leído *Los monjes de Tibhirine*, sobre los trapenses martirizados en Argelia quince años atrás, y al haber visto su historia en la película francesa *De dioses y hombres*.

Tertuliano no se sorprendería.

Gracias a todos, Santo Padre y hermanos, por soportar mi italiano básico. Cuando el cardenal Bertone me pidió que hablara en italiano, me preocupé mucho, porque yo hablo italiano como un niño.



Pero entonces me acordé de que cuando era un joven sacerdote, recién ordenado, mi primer párroco me dijo mientras iba a dar catequesis a los niños de seis años: «¡Ahora vamos a ver para qué vale toda tu teología y si podrás hablar de la fe como un niño!».

Y quizás conviene concluir simplemente con este pensamiento: tenemos necesidad de hablar de nuevo, como un niño, sobre la verdad eterna, la belleza y la sencillez de Jesús y de su Iglesia.

¡Alabado sea Jesucristo!

Ciudad del Vaticano, 17 de febrero de 2012  
Ponencia en el Día de reflexión y oración del Colegio de Cardenales

